



*Pareja. Foto: Jesús Ciscar*

# LA NECESIDAD Y LA AGONÍA DE SEGUIR SIENDO GITANOS

TERESA SAN ROMÁN\*

*El siguiente ensayo, un clásico contemporáneo de la autora, propone una reflexión actual sobre la marginación social, el cambio en las posiciones de estatus de los gitanos españoles, el contexto propiciado por la presencia de inmigrantes excluidos —muchos de ellos gitanos—, y la vinculación estereotipada entre el ser gitano y el ser marginado.*

El objetivo de este texto es reflexionar sobre la marginación social, el cambio en las posiciones de estatus de los gitanos españoles, el actual contexto propiciado por la presencia de inmigrantes excluidos, muchos de ellos gitanos, y la vinculación estereotipada entre el ser gitano y el ser marginado. Son varias las cosas de las que por tanto tengo que hablar.

Hay que decir, aunque tenga que repetirme respecto a otras publicaciones que he hecho anteriormente, que estoy trabajando con un concepto de marginación que he distinguido del de pobreza (hay marginados que no son pobres, aunque no sea lo normal, y la mayoría de los pobres son trabajadores, para su desgracia perfectamente integrados en las peores posiciones previstas en el sistema laboral, por ejemplo). El concepto de marginación que propongo se asienta en la ausencia de interdependencia en las relaciones sistémicas y por lo tanto en la negación de la necesidad de su existencia para que el sistema se mantenga, cosa que no pasa con los trabajadores pobres<sup>1</sup>. De la misma manera, distingo en las economías informales entre trabajo sumergido (en la que el trabajo está reconocido y regulado en el sistema laboral español pero

---

\* **Teresa San Román**, catedrática de Antropología Social de la UAB y directora del Grup de Recerca en Antropologia Fonamental i Orientada de la UAB, pertenece al Consejo Académico del Instituto de Cultura Gitana. Ha sido Premio de Cultura Gitana 8 de Abril 2009 en la modalidad de Investigación.

<sup>1</sup> Ver T. San Román en *Los muros de la separación*, Tecnos, Madrid, 1996 y en *La diferencia inquietante*.

el trabajador no está vinculado jurídicamente a su trabajo), trabajo ilegal (en la que la propia actividad está explícitamente prohibida, por lo que el trabajador es delincuente, pero para ambos la presencia en el ordenamiento jurídico es clara, precisamente para penar su ejercicio) y trabajo marginal (en la que ni la actividad ni el trabajador «existen», no están reconocidos en el sistema laboral ni se les puede considerar tampoco en calidad de ilegales)<sup>2</sup>.

Es decir, no me estoy refiriendo a «exclusión» o «marginación» como sinónimo de pobreza, sino de carencia de estatuto cívico, con todas sus consecuencias jurídicas, sociales, culturales, económicas y políticas, de manera que sería el opuesto al de integración social.

### **LA MARGINACIÓN SOCIAL Y LOS GITANOS E INMIGRANTES**

Los inmigrantes<sup>3</sup> suelen integrarse, por mucho que esta integración se produzca en los niveles más bajos de la escala social, ocupando puestos de trabajo que los nativos (nosotros) tendemos a desechar. Y sabemos que ésta es una de las dos razones principales para la inmigración: hay trabajo disponible. La otra tiene que ver con las condiciones que existen en los países de origen y con el inconformismo de los jóvenes que buscan mejores oportunidades, no simplemente de trabajo, sino de calidad de vida a largo plazo, de incentivos para construir su proyecto vital. Esos proyectos suelen partir del deseo de un retorno después de alcanzar el éxito en los objetivos migratorios, aunque a veces hay condiciones que surgen en el transcurso de su permanencia en el país receptor que hace su presencia indefinida o decididamente permanente (el matrimonio del inmigrante o de alguno de sus hijos con una nativa o con un nativo, los fuertes intereses ya creados en el lugar de acogida junto a la falta de inversiones en el de origen, la negativa de los familiares, sobre todo de los hijos, al regreso y otras, de las que seguramente la principal es el fracaso del proyecto migratorio).

Hay también situaciones en las que son las circunstancias por las que atraviesa el país de origen las que disuaden al emigrante en el proyecto de retorno, como la guerra o la inseguridad, el estancamiento o el empeoramiento de las condiciones económicas y laborales previsiblemente adecuadas a sus posibilidades, la imposibilidad o la imprevisión práctica a la hora de ir constru-

---

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, la exposición y argumentación sobre esta distinción en T. San Román, «Un camino para ganar conocimiento» en A. González y J. L. Molina (Coord.), *Abriendo surcos en la tierra. Investigación básica y Aplicada*, Serie Antropología, Cult. Publ. UAB, 2002

<sup>3</sup> Si no advierto de otra cosa, por «inmigrante» me referiré siempre a los que se conocen como pertenecientes a la «inmigración económica procedente de países en vías de desarrollo» y no a otros inmigrantes.



*Chabolismo vertical.* Foto: Jesús Ciscar

yendo con el tiempo unas condiciones personales y familiares adecuadas para poder elegir el retorno como mejor opción, el choque de las aspiraciones ya instaladas en los usos con lo que para ellas ofrece el país, sobre todo cuando ninguna otra cosa en él resulta particularmente atractiva. Así, muchos inmigrantes retornan, pero también muchos otros, incluso pensando lo contrario durante años, permanecen para siempre.

Decía que para la mayor parte de los inmigrantes la integración se produce en los niveles más bajos de la escala social. Acostumbrada como estoy a trabajar durante tantos años con gitanos, no podía dejar de preguntarme por qué estos inmigrantes terminaban por integrarse antes o después y por qué los gitanos españoles, residentes movedizos desde comienzos del siglo XV, españoles de pleno derecho, seguían contando hoy con tantos segmentos marginales y constituyeron una colectividad casi totalmente marginada hace tan sólo treinta o cuarenta años.

Yo aventuraría una primera idea que deberá ponerse a prueba. Comencemos por los inmigrantes. Salvo algunas excepciones, vienen con el propósito definido de conseguir un trabajo y de irlo consiguiendo cada vez mejor, con el conocimiento de que ese trabajo y esa mejora precisan de una regularización jurídica dictada por las leyes del país receptor, con la voluntad de mantener a los que se han quedado allí (a veces esposa e hijos, a veces padres, hermanos

menores), aún más cuanto ya no están ellos presentes para hacer frente a las tareas y las necesidades, con el propósito también de ayudar a otros a los que están obligados tan frecuentemente por las normas de reciprocidad que, incluso si ya no desean cumplirlas, son parte ineludible de las obligaciones de aquéllos a quienes mantiene y ayuda. Las remesas suelen irse enviando con el convencimiento de que en parte se escapan por esa grieta de la reciprocidad que todo lo absorbe y que todo, en un momento u otro, lo ampara. Buscan pues con ahínco trabajo y papeles. Los inmigrantes proceden de países soberanos, son ciudadanos de esos países, como sus padres, hermanos, abuelos, son vecinos de sus barrios y de sus ciudades.

Han trabajado en las profesiones y ocupaciones y tareas propias del lugar, como todo el mundo. Han vivido con sus familias (con uno u otro tipo de estructura) en las viviendas comunes al resto de los ciudadanos. Han ido a los servicios de sus sistemas de salud. En muchas ocasiones han sido trabajadores asalariados o comerciantes. Han ido a las escuelas tradicionales y un buen número de ellos a las escuelas de tipo occidental, las que iniciaron los colonizadores y ahora perduran en otra forma como escuelas de distintas iglesias y privadas o las que ahora promueven los sistemas educativos de su país; algunos incluso han ido a la universidad. Son ciudadanos que conocen las formas de hacer, las maneras adecuadas de hablar a unos o a otros. Su lengua es la lengua de su país o una de ellas y lo son también sus creencias. Viven en zonas multiculturales donde las relaciones interculturales, por cierto, son la norma, no la excepción, y se mueven con soltura en ellas. No son ninguna minoría marginada en su país de origen, sino que son lo normal dentro de él a todos los efectos y del entorno de países que lo circundan en enormes continentes. Difícilmente los inmigrantes van a situarse aquí, entre nosotros, en una posición de exclusión. Muy al contrario, su vida anterior y la de su gente son un estímulo imparable para la integración cívica como vía más adecuada, no sólo más fructífera, para cumplir sus objetivos migratorios. La extensión de los aspectos y la intensidad de la aculturación, son otra cosa.

En este mismo aspecto, el caso de los gitanos españoles es peculiar (aunque ni mucho menos único en el mundo). Son ciudadanos de pleno derecho (no siempre de hecho) de un país en el que viven desde hace quinientos años, en el que sus estrategias de adaptación y la respuesta institucional y social condujeron a conservar y hacer evolucionar sus instituciones y cultura económica, política, social y cultural, estrechamente dependientes pero marginales a una sociedad que, mientras les obligaba a la integración efectiva, les negaba de

hecho la oportunidad práctica para hacerlo. Como sabemos, a veces se dieron las condiciones para ello y los gitanos se integraban; muchas de esas veces una orden judicial o administrativa perseguía a los gitanos y se detenía a los que se tenía a mano, es decir, a los integrados. Y la escuela no era su escuela, sus «papeles», cuando los había, eran un prodigio de datos adaptados a las circunstancias de la necesidad, los jueces no eran sus jueces. El país era su país pero no era suyo en ninguna medida. Hoy es un momento propicio para la integración de este pueblo y son muchos, quizá muchos más, los que han aprovechado la oportunidad. Pero hay otros gitanos que tienen más dificultades o más memoria o ambas cosas. Ni pueden ni confían. La imagen paya de los gitanos los identifica con la marginación, la miseria y la desconfianza y por eso los payos no nos damos cuenta de la cantidad de gitanos integrados, sin dejar de ser gitanos, que nos rodean. Pero nos son invisibles, porque solo reconocemos como gitanos a los marginados, a los adaptados dramática y espléndidamente a sobrevivir en la exclusión social.

Propondría también una segunda idea, quizá trabajada con otra formulación y para otros objetivos con anterioridad, que puede ser esclarecedora en este contexto. Por lo que he podido entrever en el trabajo precedente, los inmigrantes, en su gran mayoría, como decía, se integran con rapidez si tienen las mínimas posibilidades para ello. Pero quizá no así sus hijos, no así un número no proporcionado de sus hijos. Entre los estudiados, los hemos encontrado entre algunos, pocos pero algunos, marroquíes. Ni entre senegambianos ni entre guineanos. Podemos trabajar con una hipótesis que, de corroborarse en este contexto, puede ser importante. Una hipótesis para la situación de esos hijos de marroquíes y algunos otros hijos de inmigrantes, y otra para explicar por qué no de los otros dos colectivos.

Es muy frecuente que la relación entre los inmigrantes marroquíes y sus hijos sea problemática en muchos aspectos. Los chicos (no sólo, pero en mayor medida que ellas) se consideran españoles o catalanes o ambas cosas y muchos también marroquíes, con una múltiple identidad que también es frecuentísima entre españoles descendientes de emigrantes a muchos países. A veces, esas identidades se jerarquizan, lo que parece ocurrir a los que, sin renunciar a la marroquí (y los hay), la sitúan por debajo de las otras. Todo esto es bien conocido ya en antropología y no digo nada nuevo.

Pero además, eso va acompañado de una fuerte aculturación en algunos de los aspectos en los que sus progenitores conservan o transforman el bagaje que portaban de los lugares de origen, como, por ejemplo, modelos y



*Desalojo de gitanos de Triana. Foto: Fototeca Municipal de Sevilla*

conductas apropiadas a las relaciones de género, a la sexualidad, a la libertad individual, a la cordedad del círculo de los que pueden reclamar reciprocidad, o hábitos de consumo o modelos admitidos de implicación social a grupos de pares etc. La aculturación es otra cosa, decía antes. Los chicos han ido a la escuela y se ha hecho, suponemos, lo imposible por su integración, han jugado en nuestras calles y se han transmitido deseos, esperanzas, gustos, hábitos. Los padres han esperado de ellos que sean buenos bereberes, por ejemplo, buenos musulmanes, que se integren bien en la escuela, que aprendan mucho para que lleguen a conseguir un buen empleo. Que colaboren en la tarea que les trajo aquí: los objetivos migratorios y, en gran cantidad de casos, la preparación del retorno. Pero ellos tienen ya otras expectativas, otros planes, como los tiene cualquier adolescente o joven en Barcelona o Bilbao. No comparten ningún proyecto de ida y vuelta, no les gusta ir de vacaciones a Marruecos ya a esta edad, no se entienden con sus familiares de allí, donde ni tienen amigos. Son catalanes. Son ciudadanos españoles (no entenderé nunca por qué se les llama «segunda generación de inmigrantes», porque no han inmigrado de ninguna parte). Me decía R. Valcárcel, etnógrafa de este colectivo, que muchos jóvenes, cuando se casan, si pueden, se van a vivir tan lejos de la calle de sus padres y de otros inmigrantes marroquíes como les sea posible. Desean más que nada pasar desapercibidos, desarrollar otros proyectos vitales.

Pero esto ocurre sólo a veces, sólo cuando las condiciones les son algo favorables. Muchos otros jóvenes pierden la batalla de la adolescencia frente a sus padres que, incluso, pueden enviarles con la familia que queda en el lugar de origen o bien terminan por plegarse al gran proyecto familiar inicial. Pero otros más, y no son pocos, tienen que vivir entre aquellas expectativas y proyectos que compartían con sus colegas nativos de la escuela y el vecindario y, como ellos, rechazan ciertos trabajos y ciertos barrios y ciertos locales y ciertas relaciones y ciertas situaciones que se supone que son los inmigrantes, precisamente, quienes las cubren, no nosotros los nativos. Pero para un encargado de la limpieza de un bosque donde va a construirse una urbanización no existe diferencia entre el padre y el hijo: son inmigrantes, «moros» ¿tendrá papeles?... se le puede pagar hasta tanto..., mejor por días... Y sin embargo, el hijo ya no es inmigrante. Empieza ahí, sobre todo pero no sólo, el andar por la calle, el dejar de buscar el tipo de trabajo que él cree que le corresponde pero que precisamente él nunca consigue. Comienza a conocer formas de ganarse la vida ilegales o a-legales, marginales, que a veces combina con alguna integrada temporal. Y conoce a otros marroquíes jóvenes como él, y encuentra entre ellos pareja por sí mismo para la final desesperación de su familia. A veces se diluyen, antes o después en la muy diversa ciudad. Otras veces es ahí donde empieza a haber, muy pausadamente, muy someramente, el embrión de lo que quizá pueda llegar a ser un núcleo étnico «marroquí» marginal, como lo hubo, hay todavía, uno magrebí, argelino sobre todo, en Francia. Tenemos que saber cómo se está produciendo exactamente esto, detectar los factores que lo propician, situarlos en el contexto, en el general del país (oferta de trabajo, posibilidad de trabajo autónomo, mercado de vivienda a este nivel, relación social y espacial con otros grupos, nativos o no, etc), formular con claridad y precisión las propuestas teóricas e interpretativas y hacer una primera y fuerte puesta a prueba de lo que decimos en ellas, incluyendo también las ya formuladas y contrastadas para la marginación de los grupos étnicos, en general (y son bastantes las que serían pertinentes y esclarecedoras, algunas de las cuales están sustentando este mismo discurso). Tenemos que comprender este proceso si queremos evitar que siga desarrollándose lo que parece que podría estar empezando a pasar, y para eso hay que saber dónde se están situando las claves, no sólo económicas, que doy por supuesto que son centrales, sino las sociales y las culturales (las claves que me competen, que no son todas) en los distintos contextos que son pertinentes para esta población y para este estudio.

Hay otros casos conocidos que podrían representar situaciones similares. Incluso a través de la prensa se nos dice que algunos jóvenes inmigrantes de

algunos países de Hispanoamérica están formando bandas juveniles sin control alguno, muy desvinculadas de sus familias y, en este caso, siguiendo el modelo de formaciones espontáneas marginales de jóvenes en sus países de origen<sup>6</sup>. Parece que esto encajaría, en principio y con la debida cautela, con situaciones que he descrito brevemente para los descendientes de los inmigrantes marroquíes, pero ya vemos, aunque sólo sea por el modelo de bandas que incorporan, que será distinto en muchos aspectos. Sería muy conveniente hacer una indagación comparativa en este sentido.

¿Por qué no ocurre con los colectivos procedentes de Senegal y de Gambia? Hay un primer elemento que repele, pero que es real: es más fácil pasar inadvertido como marroquí que como senegambiano, más fácil el *passing*, que dirían los colegas norteamericanos. Esto sin duda debería afectar a las expectativas. Pero yo creo que tiene más fuerza el que esta inmigración sea mucho más reciente. El problema puede estar empezando, pero en todo caso todavía no es tan visible. Y ¿por qué no ecuatoguineanos? La pregunta y la respuesta puede ser igual en algunos otros ámbitos de la vida social, porque casi todo en este colectivo es diferente. V. Fons, etnógrafa de este colectivo, advierte de las características absolutamente excepcionales de estos inmigrantes, muy bien integrados, no asimilados, y que cuentan ya con varias generaciones de descendientes en España. Es una inmigración histórica de gentes que hablan español, que se educan en escuelas españolas en la propia Guinea, con textos españoles, que llegaron a ser una provincia más del Estado, que vinieron por razones sanitarias o para poder estudiar en la universidad o, después y mientras tanto, para huir de la situación política, llegando a crear el gobierno en el exilio en nuestro país y apoyado por nuestras instituciones. Se consideraron ciudadanos, no ya con el paso del tiempo, sino desde que llegaron. No hay marginados. Al menos ni uno solo que conozcamos. Pero las cosas empiezan a cambiar y en estos pocos últimos años comienzan a llegar inmigrantes «económicos» guineanos. Es demasiado pronto, pero habrá que seguir la pista a sus procesos de adaptación e integración.

Hay un tercer tema, al que le doy mucha importancia para continuar el desarrollo teórico en el que estoy trabajando. Tenemos en estos días entre nosotros a un grupo nutrido de inmigrantes rumanos y de la antigua Yugoslavia (yugoslavos a secas, dicen ellos) de los que parece que algunos de ellos son indudablemente marginados si nos atenemos a los términos que he expuesto aquí sólo resumidamente (son muchos en el caso de los rumanos y menos en el de los yugoslavos pero, en ambos casos, y desde luego en el de los inmigrantes rumanos, los



Foto: Cristina García Rodero

marginados suponen una minoría respecto a los inmigrantes en Cataluña que proceden de esos países). Entre ellos sí sabemos todos que hay muchos gitanos.

De hecho éstos parecen ser los únicos o al menos los más numerosos inmigrantes del Este europeo que son marginales y contrastan no sólo con, por ejemplo, polacos, sino con otros inmigrantes rumanos o de otras latitudes. He conocido a alguno de ellos coyuntural y brevemente, pero un investigador de mi equipo, Köen Peeters, ha trabajado con estos colectivos en concreto. Por él he podido hacerme una idea algo más cabal de lo que hacen y cómo viven. He pensado mucho en los rumanos marginados. Y de entrada avanzaría una hipótesis que podría ser rechazada en un tiempo relativamente breve de investigación etnográfica, pero que si se corroborara, podría resultar muy fructífera en el contexto teórico general en el que me muevo: posiblemente estos inmigrantes en posiciones de exclusión social estaban ya adaptados a las estrategias marginales de supervivencia y de modo de vida en general con anterioridad a su llegada a España. No se ha tratado de una adaptación forzosamente innovadora por su parte, sino de una adaptación de su bagaje cultural de exclusión a nuevas circunstancias. Eso podría explicar la excepcionalidad de su caso. Pero sería necesario hacer también una indagación en sus lugares de origen, tanto desarrollando un trabajo de campo eligiendo los lugares más idóneos, como histórico-bibliográfica, para conocer la existencia y devenir tanto de los gitanos como de los grupos marginados de estos países.



*Aparcada.* Foto: Luci Blanco

## **EL SER GITANO Y EL SER INMIGRANTE**

La situación de los gitanos en España ha cambiado radicalmente durante los últimos 40 años y los gitanos de hoy son muy diferentes a los de entonces. Esto es lo que se oye constantemente y lo que ellos mismos parecen pensar en su mayoría. Y estoy de acuerdo que así es, pero no enteramente de acuerdo. Habría que hablar, en primer lugar, de un hecho incuestionable: una proporción muy importante de gitanos ha dado un paso, aparentemente definitivo, hacia una plena integración social. Pero eso no quiere decir que la huella de la Historia, que identifica gitanos y gitano marginado, no aparezca, ni en ellos ni en ellos respecto a la sociedad en la que viven ni en la sociedad respecto a ellos. La huella histórica, la vigencia de aspectos culturales fundamentales, entre ellos la pervivencia de estrategias culturales adaptadas a la nueva situación y la existencia simultánea de un profundo proceso de aculturación, a veces propicia y otras frena o directamente perjudica sus aspiraciones actuales. Y la tensión por ser gitanos y no ser considerados marginados pasa muchas veces por la negación de esos otros gitanos.

También tendríamos que considerar el dilatado número de gitanos para los que la situación de marginación ha cambiado poco o nada, cambiando, más bien, lo que en este momento histórico supone ser un marginado frente

a lo que suponía a mediados del siglo pasado. Sin embargo, hay una parte de los integrados con los que estos años he ido hablando o a los que he estado leyendo, que afirma que son ya casi inexistentes los marginados o los ignora, incluso que la mayoría de ellos no son tales, sino gitanos o payos inmigrantes de otros países. Por su parte, la mayor parte de los actuales gitanos marginados duda de la «gitaneidad» de los integrados, de los que suelen decir que, salvo excepciones, son «entreveraos», hijos de payo-gitana (casi siempre) o de paya-gitano (casi nunca), por lo que su buena situación, comparada con la suya propia, tiene más que ver con ser payos que con ser gitanos.

Estamos por lo tanto ante una población atrapada en su imagen histórica, tanto la imagen que hay en su interior como la que de ellos se tiene por parte de otros. Cuando algunos de los más integrados niegan a los gitanos marginados, están intentando borrar esa imagen, que sienten que no les representa; por eso minimizarían hasta lo excepcional la existencia de los otros, los gitanos marginados. Se trata de salvarse del estereotipo que les persigue, negando todo fundamento subyacente en él. Pero su gran contradicción la encontramos precisamente en las asociaciones gitanas. Por una parte, en general y salvo honrosas excepciones, también sus dirigentes rechazan la preocupante presencia de los marginados: sólo pueden alcanzar solvencia si la imagen de gitano cambia, por lo que el gitano marginado es para ellos una excentricidad, una supervivencia lamentable. Y sin embargo, generalmente viven de las subvenciones que reciben de la Administración porque hay muchos gitanos *man-gurrinos* a quienes educar, vigilar, corregir, ayudar, salvar e integrar y entienden que sólo desde las asociaciones gitanas existe capacidad para hacerlo, porque sus miembros son ciudadanos integrados y son gitanos. De la misma forma, cuando los gitanos marginados niegan toda gitaneidad a los más integrados al tiempo que se lamentan de las condiciones deplorables a las que esta sociedad les ha condenado, están negando la gitaneidad de quien ha salido de esa misma ratonera, están reforzando la identificación entre gitano y marginado, bien en contra de sus propios intereses. Y está expulsando de su seno a aquellos gitanos que podrían aportar una imagen diferente a la que ofrece el estereotipo, a aquéllos que tienen más fuerza para denunciar el escándalo de su pobreza y de su exclusión. Se niegan mutuamente, confundiendo así, ellos mismos, etnicidad y estatus mientras, de formas opuestas, reivindican ambos la gitaneidad y rechazan la imagen prejuiciosa que la asocia a la marginación.

No se trata de un mero error. Ojalá. Se trata de una percepción histórica, interiorizada y reinterpretada mil veces, creo yo. Si repasamos mentalmente la

historia de los gitanos en España, encontramos una y otra vez las consabidas órdenes de su expulsión o su desaparición física o, más comúnmente, socio-cultural, esto es, su asimilación incondicional a los sectores más desfavorecidos pero lamentable y perfectamente integrados de la sociedad, como los campesinos pobres durante los primeros siglos después de su llegada o los jornaleros del campo, más tarde. Pienso que tenemos suficientes indicios como para saber que eran tantas las trabas y eran tan retóricas las facilidades para llevar a cabo las disposiciones, que muchísimos gitanos eligieron el amor a lo propio ante ofertas difíciles de aceptar que jamás se materializaban como tales ofertas. Pero sabemos también que algunos, en ciertos momentos y circunstancias, muchos en otros, conseguían una buena integración social sin llegar a renunciar a su legado cultural.

¿Qué fue de ellos? Pocos sobrevivieron como gitanos a un nivel de integración social muchas veces precario. Otros, nos consta que, precisamente por asentados y localizables era sobre ellos sobre quienes recaían los castigos y, de nuevo, el desarraigo. Pero también hay indicios de que muchos gitanos se ocultaron y, a la postre, fueron quedando en una situación de desaparición sociocultural, asimilación y olvido de las raíces de su etnicidad. Y ¿por qué no? o más bien ¿cómo no?

Una imagen prejuiciosa que se desarrolla potentemente durante más de quinientos años precisa una cierta base para su mantenimiento. Yo no estoy de acuerdo en que los prejuicios sean meros inventos. Más bien pienso que son generalizaciones injustas e indebidas de características, reales algunas y atribuidas otras, que se valoran negativamente por quien mantiene el prejuicio. Por poner un ejemplo que a todos nos incumbe, el que los jubilados se vinculen a una imagen de decrepitud, ineptitud, dependencia, deculturación y desocialización es un prejuicio brutal que, precisamente por compartirlo, hace muy difícil que las personas que se jubilan mantengan una vida de hábitos saludables, actividades eficaces y respetadas, independencia en su modo de vida y en la toma de decisiones sobre ella, que mantengan y construyan redes de relación acordes con intereses nuevos o anteriores e interioricen la dinámica cultural de ese momento. La imagen pide de ellos que se adapten a la desaparición que, siendo en general más próxima, se instituye próxima lo sea o no. Y esa imagen rodea al jubilado en todos los ámbitos de la vida social y está, de hecho, instalada dentro de sí mismo. Solamente una longevidad mayor, saludable, capaz y generalizada cambiaría el estereotipo y, de momento, sólo la longevidad en sí misma parece haber cambiado. Y la imagen subsiste en todos nosotros.

Si pensamos ahora en los gitanos, me inclino a considerar que mientras el estereotipo mantenga sus bases activas se mantendrá como tal estereotipo. La imagen identifica gitano con marginado socioculturalmente diferente, y marginado diferente con una serie de atributos construidos históricamente de forma injusta, manipuladora e interesada. De esta manera todos **5**, incluidos los gitanos mismos, como he defendido, la han interiorizado. Y pienso que es difícil que esta imagen cambie, pese a todos los esfuerzos, mientras existan bolsas enormes de gitanos marginados como existen ahora, y lo digo pese a quien pese. Más bien creo que éste ha sido un factor fundamental en los procesos de asimilación completa de gitanos integrados a lo largo de la historia (de ninguna manera el único y de otras razones he hablado otras veces). Ante el freno que la imagen de gitano imponía al desarrollo de una comunidad gitana y al acceso a oportunidades de los gitanos integrados ¿cuántos gitanos a lo largo de generaciones dejaron de serlo? ¿cuántas generaciones e incluso cuánto tiempo se puede ser gitano ocultándolo públicamente, negándolo?

Propondría una primera hipótesis: el mantenimiento del estereotipo que identifica gitano con marginado culturalmente diferente, una vez firmemente establecido desde el siglo XVI, ha dependido especialmente de la existencia de gitanos marginados que mantuvieran las bases empíricas relacionadas con la imagen, tendiendo a recluir a los gitanos marginados en esa condición y tendiendo a asimilar a los gitanos integrados, de manera que los marginados serían una y otra vez a lo largo de los siglos el modelo único visible de gitano mientras que los integrados habrían sido drenados en un proceso de asimilación, de desaparición étnica.

Si esto fuera así, estaríamos en un momento especialmente interesante, con características especiales, pero muy delicado de la historia de los gitanos en España. Existe una pugna que muchos gitanos conocen bien y que otros ejercitan de forma más inconsciente. Se trata de una pugna entre, por una parte, la pretensión de lograr una integración cada vez más satisfactoria y, por otra, lograr mantener la gitaneidad. Pero la cuerda se tensa aún más porque el estereotipo está firmemente interiorizado, de manera que la única forma de evitarlo es que unos nieguen la existencia de otros, mientras los otros niegan que aquéllos sean gitanos, con lo que el estereotipo, lejos de debilitarse, se afianza. La cuestión es saber si la tensión se resolverá hoy como creo que en muchas circunstancias se ha resuelto siempre, es decir, con la asimilación de los integrados y la existencia, acorde con la imagen estereotipada, de los marginados. En ese caso, la historia se mostraría reacia a admitir que es posible la

integración étnica de los gitanos, que bajo cualesquiera situaciones los gitanos no dejan de ser marginados.

Sin embargo, las condiciones actuales parecen ser por primera vez favorables a una integración étnica satisfactoria. Nunca como ahora el ser ciudadano permite la aceptación de una etnicidad (cultura e identidad) diversa, incluso nacional, frente a la exclusividad del Estado, que se ha legitimado delimitando la nación, la cultura y la identidad en el perímetro de sí mismo, que han sido su fundamento desde hace bastante más de dos siglos. Y esa es una puerta nueva y abierta a los gitanos, no ya para su integración social, sino, con el tiempo, incluso para su integración política. El ser diferente y ciudadano, el ser un pueblo y pertenecer a un Estado, es ahora posible, al menos, potencialmente posible.

Pero una buena parte de esto dependerá de los procesos sociales, culturales y políticos que los propios gitanos sean capaces de desarrollar y por el camino de su mutua negación no creo que puedan llegar muy lejos, aunque evidentemente me puedo equivocar.

Creo que habría que hacer frente al estereotipo de dos maneras diferentes. Por una parte, es imprescindible que algunos de los integrados que forman parte de las asociaciones, dejen de ejercer una tutela paternalista soterrada sobre los marginados mientras ocultan la existencia de éstos para salvarse a sí mismos. Sólo el abrir la participación de los marginados a la gestión de su desarrollo puede desarrollar su ciudadanía. Sé muy bien los inconvenientes y dificultades que tiene la realización de lo que estoy proponiendo, porque son las mismas que existían cuando proponía, con otras muchas personas, el abrir la participación de muchos de los actuales integrados en la gestión de su propio desarrollo. Y ellos lo hicieron, y lo que en aquel momento parecía una fantasía se hizo. Evidentemente no es el único factor de integración social y cívica: la disponibilidad de empleo asequible y más rentable que el trabajo marginal que realizan, la disponibilidad de vivienda adecuada que permita acabar con la concentración forzosa que padecen, el dar un nuevo empuje a la valoración y al esfuerzo por la educación de los niños, pero también de los jóvenes y adultos, siguen siendo factores que posibilitan o, de lo contrario, hacen inaccesible la liberación de los marginados.

La oferta de trabajo integrado a este nivel es mejor que hace veinte o veinticinco años y la educación, al menos de los niños, más extendida sin duda de lo que era en esos momentos. Eso, sin negar las dificultades ni los desengaños. La des-concentración urbana depende, más que de ninguna otra cosa, de la voluntad política y la eficacia administrativa para llevarla a cabo. El estímulo de esa voluntad política a veces proviene de sus propios planes urbanísticos pero



*Mediador social.*  
Foto: Fundación  
Secretariado Gitano, Vigo

sabemos muy bien que pueden volver a concentrar todavía, en algunos casos, en otros lugares. Depende por lo tanto también de la presión que los gitanos puedan y quieran hacer; los integrados sobre todo, porque tienen más fuerza y, por lo tanto, más responsabilidad, aunque saben que corren riesgos personales y colectivos para sus intereses si ejercen esa presión. También depende de la presión que hagan los propios marginados, pero eso requiere un proceso de organización cívica y confianza en ellos mismos que aún es muy difícil de lograr. Todavía resulta más difícil cuando las mejores ofertas de actividad económica que les llegan son las ilegales y cuando no sólo no se trabaja por su conciencia y organización cívica, sino que siguen siendo objeto de dádiva y adjudicación de recursos desde fuera de sí mismos, exclusivamente desde fuera. Que quienes lo impulsen sean también gitanos, aunque de otros segmentos sociales, da exactamente igual si se ve desde este punto de vista. A ello me he referido en textos anteriores y no corresponde hacerlo en el contexto de éste.

## **EN CONCLUSIÓN**

¿Cuál sería la imagen de los gitanos españoles, sus posiciones en la escala social y la correspondencia entre ambas? ¿Qué futuro cabe esperar a la gitanidad y a los estereotipos atribuidos a los gitanos del Estado Español, si estas

hipótesis que avanza tentativamente se corroboraran? Las implicaciones de cuanto acabo de decir respecto a la marginación de una proporción de gitanos e inmigrantes y respecto a la imagen de los gitanos españoles, si es que las hipótesis implicadas resisten las contrastaciones fuertes a las que las vamos sometiendo, tienen interés teórico y práctico.

En primer lugar, y desde el punto de vista teórico, podría proponerse una estructura que agrupa, por una parte, las ocupaciones propias de las capas sociales trabajadoras de empleo peor remunerado, menos cualificado, más inestable y culturalmente más desprestigiado y, por otra, las ocupaciones propias del trabajo informal (sumergido y marginal) y el ilegal, y cómo fluctúan, entre unas y otras, diferentes tipos de población que parecen relevase unas a otras, subir a las posiciones integradas pero precarias, optar por las sumergidas o las ilegales y acudir a las actividades marginales en distintos momentos y coyunturas. Y reflexionar el papel que en este flujo y reflujo constante juegan las ayudas sociales de todo tipo. Quiero decir con esto que los inmigrantes vienen porque hay una oferta fuerte de empleo integrado desechado, si no, sería mucho más difícil que vinieran, pero sus hijos no necesariamente ocupan los puestos que sus padres dejan con el tiempo vacantes, sino que son ocupados por nuevos inmigrantes. Los hijos se integran a otro nivel o se marginan o viven, como muchos de los nuestros, de la familia, del trabajo inestable y de las subvenciones. Y además, esta oferta de trabajo que los inmigrantes recogieron es ahora todavía más desprestigiada, porque se han convertido con el uso en trabajos propios de inmigrantes y el ocuparlos se vive por sus hijos aculturados, como la rendición al fracaso en todos los sentidos. Mientras tanto, con una enorme proporción de gitanos ya integrados en las últimas dos décadas (y no en estos empleos), existe una cierta oferta de trabajo marginal. Creo que es ahí donde tiene sentido ubicar a los rumanos y yugoslavos (como ellos mismos dicen) gitanos marginados.

En el substrato de cuanto he dicho existe la concepción de un contexto de nichos variables y mutables de marginación, integración precaria e ilegalidad rentable asequible, ocupados por unas minorías en unos momentos, quedando total o parcialmente desocupados de ellas en otros para ser reclamo de nuevas minorías que están ya adaptadas a la marginación y sus vaivenes hacia un riesgo de marginación de una integración precaria o atrayendo nuevos segmentos excluidos.

En segundo lugar y desde la forma en la que se practica la relación entre gitanos integrados y marginales y las implicaciones que esto tiene en la imagen

pública de los gitanos podría decir que, en resumen, no se trata de negar que existen gitanos marginados y que todavía son muchos ni se trata de negar que los integrados sean gitanos por el mero hecho de no ser marginales. No se trata de negar el estereotipo ocultando la realidad para lo que a cada uno le conviene o desde lo que cada uno puede justificar. Se trata de hacerle frente en todos los terrenos abiertamente. Y para ello es necesario integrar a los marginados de forma que puedan verse y sentirse en el timón de su desarrollo o, al menos, de momento, compartirlo. Se trata así de que los marginados jamás puedan tener la imagen de que estos gitanos de las asociaciones (para los que ellos, los marginados, sólo existirían como objeto de sus programas) realmente les dan una mano franca para culminar un proceso que es común, un proceso étnico de integración social, económica y cívica que debería llevarles a un lugar político real en la España actual. A todos. Uno por uno, a todos en su conjunto, de manera que el ser gitano no sea otra cosa que el compartir una identidad y un legado cultural sólo limitado por las exigencias de la convivencia social y la conciencia cívica.

La presencia de gitanos inmigrados de otros países puede absorber de nuevo la imagen que identifica gitano y marginación. Puede ser que la asociación continúe, incluso se refuerce, tanto más si los gitanos marginados españoles siguen contando con un contingente de gitanos marginados, como ocurre. Pero, más posiblemente, si los gitanos españoles integrados luchan por su identidad y sus derechos como pueblo, sin negar a ninguno, ocupe el lugar que ocupe, puede que se desarrolle una nueva imagen de gitano que discurra paralelamente al estereotipo. Y desde esa nueva imagen, y desde esas nuevas posiciones, será más posible facilitar el camino de la integración plenamente étnica a cuantos gitanos, nativos o inmigrantes, cuenten con las condiciones y la decisión para tomarlo.

Me vais a decir que todo esto último es una utopía. Claro que lo es. Como el trazo grueso de cualquier camino de liberación personal y colectiva, que requiere generosidad e ideales bien definidos. Es también una necesidad. De otra forma el panorama sería desolador, asimilando con el tiempo a los que no desean que les identifiquen con los marginados y circunscribiendo, una vez más en la Historia, el ser gitano a los que quedaron marginados en el camino. Cumpliéndose de nuevo el estereotipo. Aún más, creo que es una necesidad urgente e imperiosa, porque las condiciones en el propio contexto de la marginación están cambiando una vez más, porque el tiempo para lograr una comunidad de gitanos españoles y una imagen de los gitanos de nuestro país exenta, liberada de la posición social, pasa.

Riudarenes, mayo de 2005.